



llegar y le había pasado algo parecido o peor, porque había estado varias horas perdido pero es que, para colmo, le habían robado todo el dinero.

Menos mal que pudo llamar a un amigo que tenía otro amigo en Moscú y le pudo echar una mano. Bakai estaba allí por cuestiones de trabajo, pero el primer día (tenía una semana por delante) lo tenía libre, así que se vino conmigo de turismo.

La verdad es que la ciudad en sí es bastante fea; lo único que merece la pena, al margen de su ajetreada vida cultural, es visitar el Kremlin, que es la ciudad fortificada, y su famosa catedral de San Basilio, que con sus colores parece sacada de algún parque temático. A mí lo que más me sorprendió fue su metro. Sí, sí, el metro, que además de conectar casi toda la ciudad (con el inconveniente, eso sí, de que todos los carteles están en cirílico), es realmente chulo. Sus estaciones son muy bellas, como interiores de palacios al estilo soviético-comunista, hechos de mármol y lámparas de araña. Vamos, unas auténticas joyas subterráneas.

Sus estaciones son muy bellas, como interiores de palacios al estilo soviético-comunista, hechos de mármol y lámparas de araña. Vamos, unas auténticas joyas subterráneas.

Inseguridad y violencia

Ya lo mencioné, porque toda la gente me lo decía en la parte final de Mongolia y Siberia, que la mayoría de los rusos eran 'violentos' y que había un alto índice de robos, sobre todo en las dos grandes ciudades, Moscú y San Petersburgo. De hecho, había conocido a un turista al que la propia policía, después de sacar dinero de un cajero, se lo había quitado todo y le había roto el pasaporte. Pero el caso que más me impresionó fue al principio del viaje en Irkutsk, cuando llegué al hostel y los mochileros estaban conmocionados porque a un suizo que estaba en el hostel le habían pegado un paliza y lo habían tirado al río helado de la ciudad; por suerte, alguien lo recogió y se lo llevó al hospital, donde estuvo un día en coma y cinco ingresado. Claro, escuchas todo esto de personas directas, no es un amigo



“Los Montes Urales dividen la Rusia asiática de la europea. Al cruzarlos tuve una extraña sensación. Después de más de cuatro meses por Asia creía que al cruzar a Europa tendría incluso una sensación placentera, de ilusión. Pero el sentimiento que me embargó fue el opuesto, me invadió la tristeza y la melancolía. No había pasado ni una hora y ya echaba de menos Asia. Supongo, que en parte tenía que ver con que había atravesado esa frontera invisible que me recordaba que el viaje tocaba a su fin”

